

imán más poderoso es. Cuando más bien hacéis más capacidad para hacer el bien tenéis.

En ninguna parte—fuera de vuestro propio país—podéis invertir vuestros valores morales con mayor provecho que en la América Española. La América Española y la América Anglosajona tienen que estar siempre juntas como las hermanas siamesas; tienen que estar cada vez en contacto más íntimo.

Nuestra América es territorialmente más grande que vuestro país. Está llamada a tener una población más grande que la vuestra. Nuestras riquezas naturales superan a las vuestras. Vamos a ser más ricos que vosotros. Tendremos que influir en vuestro futuro así como vosotros habéis influido, estáis influyendo y seguiréis influyendo en la compleja y algo turbada e inquieta vida europea.

En lo anterior reposa el valor del pan-americanismo. Nació el pan-americanismo en una cuna de carácter eminentemente utilitario. El pan-americanismo nació para el cambio de valores materiales. Este intercambio continuará y crecerá. Es útil, es con-

veniente, es necesario, es indispensable aún que continúe. El intercambio material es uno de los agentes educativos más poderosos. Si exportáis una pianola, exportáis música. Si exportáis una instalación de baño, exportáis limpieza. Si exportáis una instalación de escritorio y de archivos modernos, exportáis organización y sistema. Si exportáis una pelota de *football*, exportáis salud, si exportáis libros, exportáis ciencia.

Pero el pan-americanismo es más que eso. El pan-americanismo es solidaridad intercontinental para las batallas del bien que tiene que librar el Nuevo Mundo. Por eso creo yo que no se equivocó un periodista brasileño al decir, no hace mucho, en un discurso, aquí en Nueva York, que Dios es pan-americanista. Yo creo que lo es. Porque América tiene una misión en el mundo más grande que la de la Antigua Grecia, más grande que la de la Antigua Roma.

TANCREDO PINOCHET.

(Revista de Educación Nacional, Santiago de Chile).

## La sombra de Cleón

... Pocas organizaciones humanas habrá en el día de hoy tan religiosas como la Liga de los Derechos del Hombre. Los griegos llamaban religión a la caballería en su acepción clásica, tal como la entendía Don Quijote: como una defensa de perseguidos y desamparados. Ese fué el espíritu de algunas órdenes religiosas y militares del pasado; ese es el de la Liga de los Derechos del Hombre.

Al margen de los partidos políticos y de otras organizaciones sociales cuyo fin es el poder en sus múltiples formas, no el amparo del débil, hay multitud de seres humanos sin ningún techo protector, a merced de todas las violencias e injusticias de la sociedad y el Estado. Los partidos y las sectas de todo género rara vez se solidarizan con quienes no viven bajo el palio de sus dogmas y ambiciones. Siempre será, pues, necesaria una orden de caballería para sostén y defensa de desvalidos, contra los desafueros que sobre ellos cometan el Estado y la sociedad, o ambos juntos. Siempre será menester que exista una Liga de los Derechos del Hombre.

Y en ninguna parte y ahora es tan necesaria su existencia como en España. Porque no sólo aparecen escarnecidos a diario los derechos fundamentales de tal o cual individuo solitario,

demasiado simple o demasiado complejo para estar dentro de partidos que lo escuden. Casi toda la sociedad española está necesitada de la acción tutelar de una organización como la Liga de los Derechos del Hombre. Mírese, si no, a esas cárceles, pobladas de millares de presos gubernativos; a esas carreteras ultrajadas por vergonzosas conducciones de niños a pie, y recuérdese también tanto crimen cometido impunemente en bárbaras luchas fratricidas, fuera de toda ley de guerra y de paz. Jamás en ningún país que se llame civilizado fué tan precaria la vida humana como en esta triste España de nuestros días. La Liga de los Derechos del Hombre viene a tiempo, no ya para defenderlos todos, hoy en crisis, sino para recordar humanamente a unos y a otros, a derecha y a izquierda, a autoridades enloquecidas por la sevicia y a ciudadanos enloquecidos por la desesperación, que hay que restaurar el derecho primero de todos, la primera piedra de todo edificio social, el respeto a la vida, si España no quiere involucionar de la civilización al salvajismo.

Pero la Liga Española de los Derechos del Hombre puede ser todavía algo más: el refugio y el apiñamiento de cuantos españoles de sensibilidad ética e histórica no quieran resignarse

a seguir cruzados de brazos, con cómplice pasividad y criminal egoísmo, en la madriguera privada donde vegetan, relativamente seguros, o en la soñolencia de unos partidos inertes y estériles. Puede ser la Covadonga de una nueva era política, el alto risco en que los descontentos de su holgado reposo particular y de las tiendas donde abajo, en el llano, se corrompen y disgregan por inacción los partidos se agrupan en somatén civil para emprender la reconquista liberal de España, dominada por toda clase de bárbaros.

Estos últimos años de guerra ajena y de guerra nuestra en África han hecho de España un trasunto de aquella Atenas que, como resumen de la guerra persa, tan amargamente describe Tucídides. (No se repite la historia, pero sí sus leyes y formas). «En paz y prosperidad—, dice el gran historiador—, tanto los estados como los hombres son dueños de obrar por motivos más altos. No son cogidos por las espirales de circunstancias que les arrastran sin propia volición. Pero la guerra, suprimiendo el margen de la vida diaria, es un maestro que educa por la violencia y ajusta los caracteres de los hombres a sus condiciones...» «La energía frenética era la verdadera cualidad de un hombre...» «La causa de estos males era el apetito desordenado de dominio, nacido de la avaricia y la ambición...» «Los caracteres inferiores eran quienes mejor lograban éxito. Los linajes más altos de hombres eran demasiado reflexivos y se les apartaba a un lado».

Pero nada tan elocuente como el discurso que pone en boca de Cleón, el sucesor de Pericles, en el debate donde se trató del castigo de la rebelde Mitilene: «Debéis recordar que vuestro imperio es un despotismo que se ejerce sobre súbditos mal dispuestos que conspiran siempre contra vosotros. No obedecen a cambio de ninguna bondad que tengáis con ellos; sólo obedecen en tanto que probéis ser sus amos». Y estas otras terribles palabras: «No os dejéis engañar por los tres más enemigos mortales del Imperio: la Piedad, los Sentimientos Elocuentes y la Generosidad de la Fuerza».

Esta es también la situación de la España de nuestros días, como la de toda democracia degenerada en despotismo imperial o en imperio despótico. La Liga de los Derechos del Hombre trae precisamente en su bandera, como lema, los tres enemigos repudiados por Cleón y por todos los Cleones del mundo, y quiere ser el principio de una restauración de la civilidad española.

LUIS ARAQUISTAIN.

(La Voz, Madrid).